

**BEN HECHT**

# PERFIDIA

*A Samuel Tamir Un hombre que estuvo a la altura de Israel”*

## **Introducción a la nueva edición**

Lo que terminó por ser conocido como el “Caso Kastner” fue uno de los capítulos más penosos en la historia del Estado de Israel.

Para quienes poseen una mente conspirativa, el Caso Kastner lo tiene todo. La sentencia del tribunal fue apelada, pero antes de que pudiese tener lugar la apelación, Kastner fue asesinado. Algunos culparon a fanáticos de extrema derecha; otros creyeron que la inteligencia israelí mató a Kastner por miedo a que pudiera hacer revelaciones sobre contactos entre los nazis y el gobierno israelí durante la época del Holocausto.

A pesar de su carácter sensacional, el Caso Kastner es poco conocido hoy en día. Muchos sienten que lo mejor sería olvidar sus penosas revelaciones. Una historia definitiva del episodio aún está por ser escrita. Los hechos básicos son los siguientes:

En un panfleto publicado en Agosto de 1952, Malchiel Greenwald, un ciudadano israelí que había llegado a Palestina en 1938 procedente de Hungría, acusó a Rudolf Kastner, quien en ese momento era vocero de prensa del Ministerio de Comercio e Industria de Israel, de haber brindado testimonio a favor del teniente general de las SS Kurt Becher y de haberlo salvado así del castigo por sus crímenes de guerra. Además, Greenwald acusó a Kastner de haber colaborado con los nazis y de haber contribuido a la muerte de más de 400.000 judíos húngaros en la Segunda Guerra Mundial durante la cual Kastner había sido un alto dirigente del Comité de Rescate de la Agencia Judía en Hungría.

Kastner era un íntimo de altos funcionarios del gobierno laborista y el gobierno se vio en la disyuntiva de defenderlo o despedirlo. En 1953 el gobierno de Israel acusó judicialmente a Malchiel Greenwald de difamar a Rudolf Kastner. El juicio se extendió desde Enero hasta fines de Septiembre de 1954. Después de deliberar por otros nueve meses, el Juez Benjamin Halevi declaró la inocencia de Greenwald, acusando explícitamente a Kastner de colaboración y de asistir a la defensa del general nazi Kurt Becher.

El patrocinio nazi de Kastner y el acuerdo para dejarlo que salve a seiscientos judíos prominentes, fueron parte del plan para exterminar a los judíos. A Kastner se le ofreció

la oportunidad de agregar algunos más a ese número. El señuelo lo atrajo. La oportunidad de rescatar a personas prominentes lo sedujo en gran medida. Consideró el rescate de los judíos más importantes como un gran éxito personal y un éxito para el sionismo. Fue un éxito que también justificaría su conducta – su negociación política con los nazis y el patrocinio nazi de su comité. Cuando Kastner recibió este obsequio de los nazis, vendió su alma al Satán alemán ...

En cuanto a la acusación de que Kastner había sido instrumental en salvar al nazi Kurt Becher de la condena, el juez Halevi sentenció:

Queda claro que la recomendación positiva de Kastner, no sólo en su propio nombre sino en el de la Agencia Judía y el Congreso Mundial Judío, fue de importancia decisiva para Becher. Kastner no exageró cuando afirmó que Becher fue liberado por los Aliados como consecuencia de su intervención personal. Las falsedades en la declaración jurada de Kastner, y las contradicciones y los variados pretextos que demostraron ser falsos, fueron suficientes para anular el valor de sus afirmaciones y para probar que no existió buena fe en su testimonio a favor de este criminal de guerra alemán. La declaración jurada de Kastner en favor de Becher fue una declaración jurada intencionalmente falsa emitida en favor de un criminal de guerra para salvarlo del juicio y castigo en Nuremberg.

El veredicto fue un golpe importante para la coalición laborista gobernante. El nombre de Kastner, que había integrado la lista del Mapai a ser sometida al electorado para su votación al mes siguiente, se quitó de la nómina.

Así como al principio el gobierno había tenido que decidir entre despedir a Kastner o iniciarle juicio a su acusador, ahora se hallaba ante un dilema similar – apelar o no apelar el veredicto. Moshe Keren, un respetado periodista político del diario Haaretz, criticó duramente la sentencia del juez Halevi; pero, sin embargo, escribió:

Kastner debe ser llevado a juicio por colaborar con los nazis. Y en este juicio Kastner debería defenderse como un ciudadano privado y no ser defendido por el gobierno israelí. <sup>[1]</sup>

En este libro Ben Hecht nos dice:

Después de escribir siete secuencias sobre el Caso Kastner, el Dr. Keren voló a Alemania. Su intención era la de entrevistarse con Kurt Becher. Pocos días después de su arribo en Alemania, el periodista Keren fue hallado muerto en un hotel alemán. El diagnóstico fue “paro cardíaco”.

Dos partidos de oposición presentaron mociones para un voto de no confianza contra el gobierno. El primer ministro Sharett exigió la apelación por parte del gobierno pero chocó contra una rebelión de su propio gabinete. Los Sionistas Generales, que tenían tres ministros en la coalición gobernante, no sólo se opusieron a la apelación del veredicto sino que anunciaron que se abstendrían en el caso de solicitarse un voto de confianza para el gobierno. Uno de ellos manifestó: “Existe la impresión de que el gobierno continúa protegiendo a Kastner” y argumentó que la impresión se basaba en hechos. <sup>[2]</sup>

Ben Gurion, que había estado en un retiro temporal, recomendó que Sharett dejara caer al gobierno y formara uno nuevo sin los Sionistas Generales rebeldes. Sharett renunció y Ben Gurion reasumió el liderazgo de la coalición. Un mes más tarde, en las elecciones, el Mapai siguió siendo el partido mayoritario de la coalición pero perdió cinco bancas. El partido Herut de Menachem Begin aumentó su poder de ocho a quince

bancas. Éste fue el comienzo de un constante aumento del poder del Herut en cada elección subsiguiente hasta que, finalmente, Begin se convirtió en primer ministro en 1977 <sup>[3]</sup>

El gobierno apeló. La Corte Suprema confirmó la inocencia de Greenwald por el cargo de difamación al afirmar que el testimonio de Kastner fue clave para obtener la liberación de Becher. No obstante, en un veredicto dividido, los jueces revirtieron la sentencia de la corte inferior en cuanto al sobreesimiento de Greenwald por el segundo cargo. La corte de apelación sentenció que Kastner no había colaborado con los nazis y, por consiguiente, Greenwald lo había difamado.

Considérense las siguientes dos opiniones opuestas de la Suprema Corte dividida. Ilustran dos interpretaciones muy diferentes de las pruebas presentadas a la corte de apelación. La muerte de Kastner, acaecida antes de que la apelación fuese juzgada, ¿afectó a los jueces?

Juez Moshe Silberg	Juez Shimon Agranat
<p>“Podemos resumir los siguientes tres hechos:</p> <p>A). Que los nazis no querían tener una gran rebelión – “Segunda Varsovia” – ni revueltas pequeñas y que su pasión era conseguir que la máquina de exterminio funcionase bien y sin resistencias. Este hecho era de conocimiento de Kastner de la mejor de las fuentes – por Eichmann mismo ...</p> <p>B). Que el medio más eficiente de paralizar la voluntad de resistencia o de escape de una víctima es ocultándole la trama del homicidio por venir ...</p> <p>C.) Que él, Kastner, a fin de llevar a cabo el plan de rescate de los pocos prominentes, cumplió a sabiendas y sin buena fe el mencionado deseo de los nazis, facilitando así la tarea de exterminar a las masas ... “</p>	<p>“Resumo mis conclusiones finales respecto de la conducta del Dr. Kastner durante el exterminio de las personas en el país como sigue:</p> <p>A)- Durante este período, Kastner estuvo motivado por el exclusivo deseo de rescatar a todos los judíos húngaros...</p> <p>B). Esta motivación coincidió con su deber moral de rescate en virtud de sus tareas como gestor de rescates en Budapest ...</p> <p>C)- Influenciado por este motivo, puso en marcha un sistema de negociación financiera o económica con los nazis.</p> <p>D)- Este sistema puede resistir la prueba de razonabilidad...</p> <p>E)- En consecuencia, no se pueden hallar defectos morales en dicho comportamiento; no se pueden hallar relaciones causales entre el mismo y la facilitación de la deportación y el exterminio y no se lo puede considerar equivalente al grado de colaboración con los nazis.”</p>

La Suprema Corte sostuvo la sentencia de la Corte de Distrito en cuanto a que, después de la guerra, Kastner había salvado a un criminal de guerra nazi del castigo. El Juez Silberg escribió:

Greenwald ha probado más allá de toda duda razonable esta grave acusación ... no entraré aquí en todas las numerosas contradicciones – de cantidad incontable – en las

cuales Kastner se contradice en relación con esta declaración jurada. Para nosotros es suficiente que un hombre judío, un ex-dirigente sionista, se atrevió a recomendar (clemencia), casi en nombre de todo el pueblo judío, para uno de los mayores tiburones de los criminales de guerra alemanes ante las autoridades que lo habían detenido causando, solo o conjuntamente con otros, la liberación y la evasión del castigo de este gran criminal.

Tal como lo he escrito en otra parte, el árbitro final de los desacuerdos entre los historiadores es el lector de la historia. Este libro es de lectura obligatoria para cualquiera que busque interiorizarse de este notable período histórico.

**David Morrison**

\* \* \* \* \*

## **Prefacio**

En la época en que me ha tocado vivir, los gobiernos han suplantado a las personas. También han tomado el lugar de Dios. Hablan por las personas, sueñan por ellas y, absurdamente, determinan sus vidas y sus muertes.

Esta nueva idolatría del gobierno es uno de los temas de este libro. Es una idolatría que no comparto. No siento ninguna reverencia por el rostro todopoderoso y confuso de los gobiernos. Lo veo como una restricción al ser humano y como un saqueo terminal de su derecho natural – la supervivencia de su prole. Lo veo como un ogro con desesperación en los ojos.

En este libro he escrito mayormente sobre un gobierno – el del nuevo Estado judío de Israel. Lo escribí, en parte porque soy judío. Provengo de una larga línea, nunca interrumpida, de judíos. Mis antepasados, expulsados de unos cuantos países, fueron difamados y satanizados desde los tiempos de Ahab y Jezabel.

Sin embargo, se las arreglaron bien deambulando por el mundo durante esos siglos. Mantuvieron encendida una sincera luz humana en medio de alzamientos que derrocaron viejos reinados y dieron lugar a otros nuevos.

Los reinados les fueron extraños a mis antepasados. En el alma del judío, en su tabernáculo y en su cocina, existió un sólo reino – el de Dios. Hubo un sólo conjunto de leyes – el del ejercicio de lo humanitario.

¿Qué sucedió con esta noble herencia cuando, finalmente, los judíos se hicieron un gobierno propio; qué les sucedió a los judíos cuando se hicieron políticos judíos; qué pasó con esa piedad, con el sentido del honor y el amor fraternos que 2.500 años de antisemitismo no consiguieron turbar en el alma judía? Mis respuestas están en este libro.

No me resultó sencillo escribir un libro así. El corazón de un judío debe estar colmado

tanto de asombro como de indignación cuando hace tuyas las palabras de Próspero en La Tempestad:

“Os ruego; atended mis palabras: ¡que un hermano pueda ser tan pérfido!”

## El Acusado

En una mañana de Diciembre de 1953, Malchiel Greenwald, de setenta y dos años, una barba perillita prolijamente recortada, un fedora inclinado, una rutilante bufanda con guantes recortados haciendo juego, un saco escuálido, agujeros en sus zapatos, el resto de un cigarro amenazando con incendiar la punta de su nariz y un bastón balanceándose enérgicamente – este dinámico viejo judío está buscando un abogado – en Jerusalén. Su hija Rina, una rubia salida de los Salmos, camina a su lado.

Tal como es su hábito cotidiano, Malchiel ha tenido una satisfactoria conferencia con Dios en su sinagoga. De Israel se podrá decir lo que se quiera, pero es reconfortante poder estar parado en prácticamente el mismo lugar en el que tus antepasados estuvieron hace dos mil quinientos años y poder ofrecerle a Dios las mismas aleluyas.

Pero no para un abogado – uno barato que tomará el caso por consideraciones distintas a las del dinero. Después de todo ¿cuántos abogados tienen la oportunidad de defender a un hombre que ha sido acusado de calumnia criminal por el propio Estado de Israel?

Pues sí; el primer ministro Moshe Sharett; Ben Gurión, el líder del Mapai; el fiscal general Chaim Cohen, y todos los demás famosos caciques del Estado de Israel han citado a Malchiel Greenwald al estrado de la justicia. Hasta aparecieron algunas líneas sobre ello en un diario, en una página interna. Concedido: unas pocas líneas no convierten a un hombre en famoso, pero este hombre ya no es un Don Nadie.

“¿Cuanto falta?” pregunta Greenwald

“Tres minutos”, contesta Rina, la hija.

“Quizás pueda ofrecerle mi colección de estampillas”, dice Greenwald

“No es la clase de hombre que colecciona estampillas”, dice Rina. La barba perillita apunta hacia adelante. Abogado, abogado – encuéntrame un abogado que no tenga miedo y al que también, Dios lo conceda, no le importe casi nada el dinero.

De esta forma, aquél fresco día de Diciembre, Malchiel Greenwald ingresa caminando en la Historia de Israel.

## ¿Qué Greenwald? ¿Qué Historia?

Lo diré a mi modo. Pues, a pesar de que escribo historia, no soy un historiador; esto es, si un historiador es una persona repleta de hechos y con una actitud objetiva. Hechos tengo, pero no soy objetivo. Consigno esto a fin de que, si mi libro molesta demasiado a algún lector, en particular a algún lector judío, éste pueda consolarse pensando: ¿cómo

puedes creerle a un escritor que confiesa no ser objetivo? Así, puede usted ver qué tan sentimental soy respecto de los judíos. Pienso en consolarlos incluso cuando me dispongo a condenar mucho de lo que consideran estimable.

En mi historia, Malchiel Greenwald es uno de los tres héroes a los que dedicaré mis mejores esfuerzos laudatorios. Habrá otros héroes y heroínas que emergerán para iluminar al lector, pero aquellos tres serán mis héroes centrales. Mi historia trata acerca del juicio a Kastner y las asombrosas revelaciones que durante cuatro años ensuciaron a Israel con vergüenza y desilusión comenzando en este Diciembre de 1953; y sacudieron al primer ministro Moshe Sharett en Jerusalén hasta lanzarlo fuera de su silla giratoria.

Entre lo sorprendente de estos sucesos está el que los iniciara un hombre como Michael Greenwald. En Israel se espera que sea un Sansón el que derribe las columnas del falso templo; no un veterano filatelista sin músculos. Un hombre simple, piadoso, trabajador. Concedido: un presuntuoso, pero un presuntuoso de rostro autoritativo. La clase de orador doméstico que hace suspirar a su familia: “Malchiel, Malchiel - ¿cuántas veces irás a repetir eso?”. Pero también hay otra cosa en cuanto a Greenwald. No es solamente un coleccionista de estampillas. Tiene otro pasatiempo. Le gusta escribir.

Y hay otro hecho. Mucho antes de que los ingleses eligieran al león como símbolo de los bravos que eran, existió el león de Judea; y este león sigue agazapado en los corazones judíos. No en el de todos ellos. El coraje es algo especial en cualquier pueblo. Y no me refiero al coraje de morir. Los judíos han tenido un buen entrenamiento en esto; mejor que el de la mayoría de los demás. Sino al coraje de protestar, al de alzarse contra las amenazadoras adversidades de la autoridad – he aquí una cualidad más inusual y más misteriosa. El misterio aquí es ¿cómo pudo aparecer en un Greenwald de setenta y dos años? ¿Cómo se infiltró Voltaire y Tom Paine en esta alma talmúdica? ¿Cómo fue que la espada de Espartaco halló alojamiento debajo de su tallith?

Malchiel Greenwald apareció proveniente de Hungría, dónde se casó, educó a un hijo y a una hija. Hasta llegar a su década de los cincuenta, trabajó allí y en Viena como un periodista ocasional que, con frecuencia, tuvo que dedicarse a labores muy poco literarias.

Aquella fue una época, después de la Primera Guerra Mundial, en la que muchos genios – tanto judíos como no – llenaban los cafés de Budapest y de Viena e inundaban a Europa con melodías, frases ingeniosas y chispeantes dramas. Pero también hubo judíos que no fueron genios –Greenwald entre ellos.

No mentiré sobre mi héroe. Incluso en su mejor momento careció de estilo y de las conexiones adecuadas.

Sin embargo, siguió escribiendo, corriendo personalmente con sus copias al editor y viendo como, por lo general, las copias terminaban en el cesto de papeles. Pero los desastres tiene más una tendencia a crear periodistas que a detenerlos. Greenwald insistió. Y también tenía cierto séquito. Cincuenta y dos parientes cercanos compraban el diario todos los días para ver si el nombre de Malchiel Greenwald aparecía firmando algo.

Después, una mañana, ocurrió un acontecimiento. Un banda de ciudadanos cristianos apareció corriendo en una de las calles de Viena y comenzó a matar judíos. Blandían grandes cachiporras y largos cuchillos y gritaban el grito de batalla del Renacimiento



que había llegado a Europa – “¡Muerte a todos los judíos!”

Greenwald se hallaba casualmente en la calle con su joven hija Rina. “¡Corre!” – le dijo, y la niña salió corriendo velozmente hacia una sinagoga, con dos patriotas detrás de ella. Greenwald tenía menos velocidad en sus piernas. El resultado fue que los golpes hicieron desaparecer la totalidad de los dientes de su boca, le partieron la lengua y le pegaron cachiporrazos en la cabeza hasta que cayó al suelo, inconsciente. En eso tuvo suerte. Porque, creyendo que estaba muerto, los patriotas perdieron interés en él y dirigieron su atención hacia otros judíos que aún estaban de pie o apoyándose en las paredes.

Cuando estuvo en condiciones de volver a caminar y usar otra vez su lengua, Greenwald decidió emigrar con su familia a Palestina. Por aquella época (principios de 1938) todavía se podía ir a Palestina sin ser baleado o ahogado por la Política Protectoral Británica - ¿o era Política Preventiva? Fuera lo que fuese, pueden ustedes estar seguros de que tenía un nombre muy tranquilizador.

## **¿Conoces el lejano país en dónde florecen los limoneros?**

Llegado a Jerusalén, con sus dientes postizos, su esposa, su hijo, su hija y su colección de estampillas, Malchiel Greenwald se compró un pequeño hotel con los ahorros de toda una vida. Algunos cientos de libras de pago al contado, no más. Hotel Austria, no muy lejos de dónde alguna vez reinara Salomón. Podía acomodar a veinticinco huéspedes si se ponían a tres o cuatro en una misma habitación. La tasa: 25 piastras (1 dólar) por cabeza.

Durante algunos años Greenwald le ayudó a su tenaz esposa a hacer las camas, barrer el piso, llenar estufas con kerosén, y el periodismo fue un sueño puesto sobre el estante.

Después, aparecieron otras tareas domésticas. Comenzó la matanza de judíos en Europa. Aparecieron los británicos, primero reduciendo la cuota de inmigración a Palestina, luego con una nueva política llamada el Libro Blanco. El resultado fue que se cerraron los puertos palestinos y los judíos condenados ahora no sólo tenían que gambetear a sus persecutores alemanes sino también a las autoridades británicas que custodiaban las costas del Imperio.

Greenwald se dedicó al complicado negocio de la emigración ilegal a Tierra Santa. Ya había ayudado a sus dos hermanos en la organización de contingentes de inmigrantes ilegales a Palestina.

Las actividades de Greenwald amainaron, sin embargo, cuando sus cincuenta y dos parientes fueron embarcados hacia Auschwitz y ejecutados en los hornos alemanes.

En el ínterin, en Palestina se venía dando una especie de guerra. Apareció un ejército clandestino de jóvenes judíos. En 1937 este ejército asombró a todo el mundo anunciando que expulsaría a las fuerzas británicas de Palestina para instaurar un Estado de Israel independiente. El nombre de este ejército de combatientes judíos por la

libertad fue el de Irgun Zvai Leumi, palabras hebreas significando organización, militar, nacional.<sup>[4]</sup> Su insignia fue una mano sosteniendo un fusil y las palabras hebreas: “Sólo Así”.

Los más asombrados fueron los dirigentes judíos de Palestina. La idea de una guerra de liberación para conquistar un Israel independiente nunca se les había cruzado por la cabeza. Weizmann, Ben-Gurion, Sharett, Greenbaum, Dov Joseph y todos los jerarcas judíos en Palestina habían limitado sus sueños sionistas a un suburbio judeo-británico. A los británicos, el Irgun les pareció historia conocida. Otra vez desórdenes y trastornos. Algunos centenares de “terroristas” contra el poderío del Imperio. Los británicos tomaron las medidas de costumbre: pena de muerte o cadena perpetua a cualquier judío atrapado portando armas. Nada tan difícil de manejar. Especialmente cuando los británicos tenían a todos los feroces dirigentes de la Agencia Judía de su parte. Para no mencionar a los poderosos y estimados semitas de los Estados Unidos de Norteamérica y el resto del mundo.

Conducidos por Weizmann, los caciques de la judería juraron obediencia a la guerra británica contra los jóvenes hebreos que luchaban por la libertad. Mas tarde ofrecerían algo más que servicios retóricos a sus amos británicos. Demostraron su lealtad ayudando a los británicos a capturar, torturar, ahorcar y encarcelar cientos de jóvenes judíos que luchaban bajo la primer bandera hebrea independiente desde los días de Bar Kochba.

Itzhak, el joven hijo de Malchiel Greenwald se unió al Irgun y cayó combatiendo en la batalla del Monte Sion. Greenwald guardó la medalla del Irgun que su valiente hijo había obtenido y cambió el cartel de su Hotel Austria. El nuevo cartel rezaba: “Hotel Monte Sion”.

Su hija Rina también participó de la guerra que el pequeño Irgun libraba contra los británicos y contra la Agencia Judía. Durante el día era una respetable enfermera en el Hospital Hadassah. Pero por la noche trabajaba curando a los heridos del Irgun. Finalmente, todo terminó con los británicos levantando campamento, con los árabes atrincherándose y con el Estado de Israel estableciéndose. Y todos los judíos del mundo (o casi todos) lanzando besos agradecidos y ofreciendo donaciones masivas a los grandes héroes de Israel: Ben-Gurion, Weizmann, Sharett, Greenbaum, etc.

Y Malchiel Greenwald, confrontado con este desenlace sin orden ni concierto de ovejas coronadas de leones, se dejó crecer una barba perillita, se compró un bastón y decidió volver a ser periodista.

Pero ¿quién iba a contratar a un hombre de setenta y dos años incapaz de escribir en hebreo? Así y todo, Greenwald se convirtió en periodista – solo. Cada semana o algo así redactaba un artículo, lo hacía traducir al hebreo, lo hacía mimeografiar y lo presentaba como un panfleto de tres páginas. El panfleto tenía un titular permanente: “Carta a Mis Amigos en el Mizrachi”. Éste es el nombre de un partido político religioso en Israel. Greenwald, el periodista, se gastó sus últimos céntimos enviando por correo mil copias de cada edición. El panfleto era gratuito. Toda la recompensa que Greenwald pedía por su arduo trabajo era que alguien lo leyera.

Cincuenta panfletos – y no pasa nada. Se come la cena, se lavan los platos, y Greenwald parte raudamente hacia su principal fuente de información en búsqueda de noticias calientes. Su “reducto” es el *Café Vienna*, frente a su hotel. Es prácticamente el único café en Jerusalén que está abierto después de la hora de la cena.

Aquí, Greenwald, el periodista, consume grandes cantidades de té mientras salta de una mesa a la otra recolectando los chismes del pueblo. Todos conocen a Malchiel Greenwald y tienen una sonrisa de tolerancia para con él. Le dicen: “Muchas gracias, es un honor” cuando les entrega su último panfleto. Y lo dejan, sin leer, sobre la mesa



cuando se van a casa.

¿Qué es lo que escribe Malchiel Greenwald en sus panfletos? Nada que alguien no haya leído cientos de veces, mejor escrito y mejor impreso. Hace falta un par de ojos muy agudos para distinguir las letras borroneadas en la gacetilla mimeografiada de Greenwald. Así como que también hace falta tener una visión muy buena para distinguir al propio Malchiel Greenwald de entre los cientos de ancianos ignotos, pletóricos de pasados que erizan el pelo, que charlan, rezan y garabatean en la nueva Jerusalén. Y viene el panfleto número 51. Otra carta a sus piadosos “Amigos en el Mizrahi”. La misma extensión: tres páginas de tipografía borrosa. Pero esta vez el panfleto es un éxito. Provoca una demanda por calumnia criminal – el Estado de Israel *versus* Malchiel Greenwald.

Y vuelvo a mi héroe de nuevo mientras camina con su hija detrás de él, buscando a un abogado que no tenga miedo.

Me impresiona Malchiel Greenwald y no me sorprendería demasiado escuchar de algún rabino de Jerusalén que Dios, tanto como su hija Rina, lo guiaron en esta caminata. No por lo que se atrevió a escribir en su panfleto acerca de un funcionario del gobierno llamado Rudolph Kastner. Sino por otra razón.

Malchiel Greenwald, que perdió a golpes todos los dientes de la boca, cuya lengua fue partida en dos, cuyos brazos y piernas fueron quebradas y cuya cabeza fue partida; que fue dejado por muerto en una calle de judíos asesinados; cuyos cincuenta y dos parientes cercanos fueron todos incinerados por los alemanes; cuyo hijo murió combatiendo en el Monte Sion – este Malchiel Greenwald, ahora, con setenta y dos años, camina bajo un fedora inclinado blandiendo enérgicamente su bastón, sin temor ante la autoridad pero con la verdad en su propio corazón. Que exista un hombre así me impresiona.

## El caminante regresa al hogar

Los titulares nos han acostumbrado al Estado de Israel haciendo que lo consideremos como una vieja y conocida historia. Los titulares nos acostumbran a cualquier cosa, incluyendo la necesidad patriótica de destruir al mundo para salvarlo de una cosa u otra.

Aún así, mis ojos siguen agrandados. “El Estado de Israel *versus* Malchiel Greenwald”. Hace cincuenta años una nación judía llamada Israel era un proyecto tan fantasmagórico como una colonia de marcianos construyendo veredas sobre nuestro planeta.

Desde el momento en que el juicio de Greenwald-Kastner revelará las raíces de la nueva nación, haré una pausa aquí para hacer un interludio sobre Israel. Sobre Israel y los judíos en general.

No son la misma cosa; de hecho son asombrosamente diferentes. Me refiero a los judíos del mundo y a los dirigentes judíos de Israel. Pero hay una especie de coqueteo entre ellos, un coqueteo sólo medianamente sincero porque ambas partes están casadas con otros. Sin embargo se cortejan mutuamente, los judíos a Israel e Israel a los judíos.

Hablemos de Israel primero. ¿Quién construyó este inesperado país que hoy posee un espléndido ejército, bulliciosas ciudades, florecientes tierras cultivadas, jóvenes fuertes y hermosas muchachas, una máquina para partir el átomo, y por lo menos cinco mil políticos logorreicos; este país que enarbola una bandera de poder mundial? ¿Quién armó este país, pequeño en tamaño pero campeón indisputado de sus objetivos?

¿Fueron los diecisiete millones de judíos del mundo enterrados en unas cien naciones? La respuesta es: no. Difícilmente más del dos por ciento de ellos se involucraron y no muchos más tuvieron conciencia de que algo estaba sucediendo en absoluto.

Fue un puñado el que creó Eretz-Israel; sólo un puñado de combatientes del Irgun y del Lehi conquistó su independencia de los británicos. Los creadores fueron judíos europeos, en su mayoría, soñadores de pico y pala, visionarios armados que divisaron ciudades judías allí en dónde sólo había arenas árabes, turcas e inglesas. Fueron judíos de todas clases – algunos tontos, otros inteligentes, ricos, pobres, algunos pálidos de tanto estudiar y otros musculosos como gladiadores. Provenían de talleres de sastres polacos y de tertulias sociales polacas, de sinagogas y de oficinas rusas, de granjas ucranianas, universidades alemanas, salones húngaros, de las rutas secundarias y de los bulevares de Europa. Sólo una gota en el océano pero ¡qué gota! ¿Quién hubiera imaginado que la judería internacional estaba repleta de Davy Crocketts y de Daniel Boones, con talliths en sus alforjas? ¿O que tantos estadistas, filósofos y cantantes de “Hatikva” podían salir tropezando, casi de un día para otro, de la cornucopia judía? Pero trastabillando y todo, vinieron. Y fuera lo que dijera la letra impresa de sus visas, todos parecían venir del Antiguo Testamento. ¿En qué otra parte podía haber judíos con himnos judíos en los ojos?

El renacimiento de los judíos como nación comenzó en Jerusalén. Durante cientos de años había existido una pequeña población judía en la vieja ciudad de Jerusalén, y en las antiguas Tiberias, Safad y otras ciudades que habían quedado del pasado. Después de siglos de inercia, estos hijos e hijas de Abraham comenzaron a decirle adiós a las paredes del ghetto de Jerusalén para irse a los campos a arar y sembrar. Había un afán en ellos. No sé quién o qué lo puso allí. Pudo haber sido Dios renovando su interés en sus alguna vez favoritos hijos e instándolos a hacer que la tierra de David volviera a florecer con naranjos judíos. Quienquiera que haya sido el que les dijo algo, eso es lo que hicieron. Eran gentes resistentes, tenaces. Y se enamoraron de la tierra de sus padres.

Hubo varias oleadas de “aliya” (literalmente “ascenso”) , primero en los años ochenta y noventa del Siglo XVIII llegaron judíos huyendo de las persecuciones en Rumania y en Rusia. El barón Edmund de Rothschild ayudó a un enjambre de judíos, principalmente a los provenientes de Rumania. Éstos también fundaron colonias y cantaron sus canciones alrededor de nuevos fuegos de campamento hebreos.

A inicios del siguiente siglo llegaron los primeros grandes bloques de “sionistas” originales, la mayoría de ellos de Rusia. Trajeron consigo el fermento intelectual. Muchos de ellos eran socialistas tolstoianos, y todos ellos estaban llenos de sueños acerca de una nueva Sion. De estas bandadas de colonos surgió la futura minoría dirigente de Israel.

Al principio, la mayoría de estos aventureros en Palestina tuvo que empezar aprendiendo a cabalgar mejor que los árabes, lo cual fue difícil; y a tener mejor puntería que ellos, lo cual fue fácil. Y a hacerse leñadores, poceros, aradores, vaqueros, exploradores, centinelas. Y a dormir sin techo, combatir la malaria, sufrir sed, hambre, insolaciones y molestias equivalentes a las Siete Plagas; y aun así seguir estando llenos de alegría y esperanzas. Esto también fue fácil ya que estaban medio locos por los viejos sueños.

En los años treinta llegó un gran contingente de judíos de Polonia. Principalmente

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

